

DE CÓMO EL DIABLO SE QUEDO CALVO

Todo el mundo sabe que el diablo es calvo, y lógicamente era preciso que lo fuese. Porque la peor de las calvas debía tenerla el abominable autor de todo el mal humano. Pero lo que no se sabe es como Lucifer perdió sus cabellos.

Contaré el cuento tal como me fué enseñado por un barbero de Pamplona, gran jugador de dominó, entre corte y rasura, que tenía por muestra: "¡A la peluquería de Satán!"

Rubia como la estrella de la mañana, roja como el infierno, negra como la eterna noche, la cabellera del ángel rebelde era tan prodigiosamente abundosa y erizada, que en volvia como una inmensa nube toda la tierra y todo el mar.

Nuestro Señor estaba muy disgustado, porque aun poniéndose sus antiparras, que, como se sabe, están hechas de la última estrella del Sur y de la última del Septentrion, juntas por una cola de cometa, no podía distinguir a través de la enorme sombra el mundo tan bello que EL había creado.

Y cuando se han inventado las rosas, lo menos que puede pedirse es tener el placer de verlas.

Además, el Señor, según los más auténticos retratos que tenemos de EL, tiene más barba que cabellera, y posible fuera que tuviera algo de cejas.

Nada le hubiera sido más fácil que incendiar los cabellos del diablo; pero sintió escrúpulos de honrado dramaturgo, y habiendo empleado el fuego en otras escenas, le repugnaba un segundo uso del mismo elemento.

Y hubiera estado largo tiempo perplejo si el Espíritu Santo no le hubiera hablado así:

—Poca cosa os preocupa. Decidid solamente que por cada asesinato que se cometa en la tierra, Lucifer perderá un cabello; y á juzgar por la manera como los humanos se matan, pronto tendrá el diablo la cabeza lisa.

—¿Qué?—suspiró el buen Dios,—¿tanto gustan deshacerse aquellos que yo hice? Pero sea. Ensayemos este medio.

Después dijo: "Que Lucifer pierda un cabello por cada homicidio que se cometa."

—Y si deseáis,—añadió el Espíritu Santo,—que la calvicie de Satanás se haga efectiva más prontamente, exigid otro cabello por cada robo que se efectúe entre los hombres, y no tardará el diablo en tener la cabeza desnuda como la cara de un ángelito.

—¿Me duele creer que los mortales sean tan ladrones!—suspiró el buen Dios.—¿Qué necesitan robar, si les doy la belleza del cielo y de las mujeres, las flores, los pájaros, el mar y los bosques, á cuya sombra duermen la siesta? Pero ensayemos este nuevo medio.

Y dijo: "Que Lucifer pierda un cabello por cada robo que se cometa en la tierra."

Y esperando, se entregó á los conciertos de sus serafines.

El cráneo del diablo sufrió una verdadera peladura.

Que un ladronzuelo robaba un reloj, que un bandolero asaltaba á unos camilantes, que Alejandro "el Grande" conquistaba las Indias, que César tomaba las Gallias, que una buena moza vuclaba los bolsillos de un viejo burgués dormido, era un cabello, y otro, y otro todavía quien lo pagaba. Y hubo jugadas de Bolsa que le costaban mechones enormes.

Pero la millagrosa cabellera era como un inmenso bosque, y Nuestro Señor no veía todavía su querida tierra.

El Espíritu Santo dijo:

—¿Tan poco se roba? Tomemos un gran partido. Ordenad que á cada necesidad que en la tierra se diga, Lucifer pierda un cabello.

—¿Pero estás loco?—repuso el buen Dios.—¿Credís que los que hice á mi imagen y á quienes di alma nacida de mi aliento, son todos imbéciles? ¿Pero sea, sea!

¡Oh, la pobre cabellera de Belcebú

se desnudaba como si pasara un huracán sobre ella! Los estremos, las concurrencias, las columnas de los periódicos se encarnizaban en la frente, en la nuca, en toda la cabeza. ¡Pero la enmarañada cabellera persistía, á pesar de los esfuerzos de la bestialidad humana!

El Espíritu Santo gritó furioso:

—¡Empleemos un medio supremo! Ordenad que á cada besoque se den los amantes, pierda Luzbel un cabello.

El buen Dios se mostró disgustado.

—¿Ahí, van muy lejos. ¿Tenéis mala opinión de los jóvenes, cuando pongo todo mi cuidado para que sean bellas y honradas? ¿Las mujeres de allí abajo no citan sus ambiciones en ser encanto de sus hogares, de sus esposos, de sus hijos?

—¡Ensayad!—insistió el Espíritu Santo.

—¿Para mostraros vuestro error, sea!—dijo el Señor.—Que Lucifer pierda un cabello por cada be....

No hubo necesidad de acabar.

¡El diablo estaba calvo!

CATULO MENDES.

LA PASION ETERNA

Dieron las doce. Resonó la trompa en las ondas regiones del silencio, y las macizas rosas de sus tumbas levantaron los muertos.

Al toque funeral vibró en los aires música horrenda de crujir de huesos y empezó entre las sombras de la

noche la pavorosa danza de esqueletos.

Surgió de las entrañas de la tierra cuanto mundo en ellas la segur del

tiempo, y rápidos volaron los que han sido en el galop fantástico revueltos.

Los que se amaron con febril locura, los que con saña ruin aborrecieron, corren unidos en estrecho abrazo con los sudarios fúnebres cubiertos. Todo se borra en la terrible fiesta, orgullo y ambicion, rabia y desprecio; que las mandamas luchas se concluyen en la profunda paz del cementerio.

Cuando alboroa en los lejanos picos cardeno el día, callanse los ecos, y huyendo de la luz y de la vida, las sombras vuelven al obscuro en

el cielo. Solo una queda. En las vacías orbitas brilla la roja lámpara del infierno, como retando á singular combate del sol que nace al resplandor intenso.

En la cerrada tumba de Desdemona, con ansias de Satán se yergue Otelo todavía dudando, todavía de su pasion brutal en el tormento. ¡Que, cuando todo acabe, cuando el mundo, se hunda en la eternidad, roto y des-

hecho, sordo y terrible vibrará en el caos, el aullido salvaje de los celos!

SINESIO DELGADO.

El Médico Cazador

Un doctor muy afamado, que jamás cazado había, salió una vez, invitado, á una alegre cacería.

Con cara muy lastimera confesó el hombre ser lego, diciendo: —Es la vez primera que cojo un arma de fuego.

Como mi impericia noto me váis á tener en vello.

Y dijo el dueño del coto: —Doctor está usted tranquilo;

Guillermo, el guarda, estará colocado junto á usted, él es práctico y sabrá

indicarle....

—Así lo haré.

—Siga en todo mi consejo.

¿Que un conejo se presenta?

Pues yo digo: ¡Ahí va un conejo!

¡Y usted tira y lo revienta!

—¡Bueno, bueno, siendo así!...

—Nada, que no tema usted. Quiérelco junto á mí;

Chillón, y yo avisaré.

Colocóse tembloroso el buen doctor á la espera, cuando un conejo precioso

salió de su gazapera.

—¡Ahí va un conejo!— le grita

el guarda.—¡No vacilar! Y el doctor se precipita y ¡pum! disparó al azar.

Y es claro, como fallo diez metros la puntería, el conejo se escapó

con más vida que tenía.

El guarda puso mal gesto y rascóse la cabeza.

Hubo una pausa, y en esto saltó de pronto otra pieza.

—¡Ahí va una liebre, doctor!

¡Tire usted pronto, ó se escorde, y ¡pum! el pobre señor

disparó.... ¡Dios sabe dónde!

Gastó en salves sin piedad, lo menos diez tirós ¡diez!

sin que por casualidad acertara ni una vez.

Guillermo, que no era un zote, sino un guarda muy astuto,

dijo para su capote: —Este doctor es muy bruto.

¡No le pongo como un trapo, mas ya sé lo que he de hacer!

Y al ver pasar un gazapo, corriendo á todo correr:

—¡Doctor!—exclamó Guillermo!

con rabia mal reprimida.

—¡Ahí va un enfermo! ¡Un enfermo!

Y ¡pum! ¡Lo mató en seguida!

VITAL AZA.

Los sombreros femeninos

Quiénes son los culpables.

Querido Joaquín:

Ya recordarás que hace tiempo, cuando aparecieron sobre las cabezas de las mujeres esos cascados de flores, esas cascadas de fruta, esos morrales de caza, esas cajas de mazapán y esos platos montados de conteria que dan á nuestros coliseos el pintoresco aspecto de la Plaza Mayor en Noche Buena, publicaron casi todos los periódicos, no un artículo, sino varios; yo también hice lo que pude, rogándoles, por todo lo rogaba, que desistieran de esa "moda ridicula" y aduciendo, para calificarla de tal, multitud de razones de estílela.

Algunos señores de buen criterio llevaron á sus mujeres ó hijas varias noches sin sombrero al teatro.

Pero su ejemplo, lo mismo que nuestros artículos, resultaron inútiles, y la prensa abandonó tal campaña, por imposible.

Como ocurre siempre en este país, se sacrificó el interés de todos á la conveniencia de unos cuantos ó, mejor dicho, de unas cuantas.

La mayoría de las mujeres están convencidas por experiencia propia, pues se quitan unas á otras, recíprocamente, la vista del escenario, de que es intolerable el sombrero en el teatro, y, sobre intolerable, inaristístico; la mayoría están dispuestas á dejarse en casa, pues sobradas ocasiones hay de decirle en visitas, paseos, y hasta en la iglesia; pero unas cuantas quitan la voluntad á las demás y mantienen la moda, siendo las primeras en exagerarla y en ponerse los más extravagantes adornos.

Algun lector malleoso creerá que se trata de las propias modistas de sombreros.

Nada de eso; las modistas de sombreros saben perfectamente que, porque éstas se desfilen del teatro, no ha de menguar su mercado; tanto menos cuanto que la mayoría de las señoras, ó yo estoy ciego, ó llevan los mismos al Real que á la Castellana.

Son muy pocas las que se lucen uno exclusivamente para quitar la vista á los espectadores.

No son tampoco las mamás ancianas, lector malleoso.

Estas votarían de buena gana la desaparición total del sombrero, que á cierta edad se convierte en supleto, y cuyos plumas, gasas y cintajos roban muchas veces á sus rostros venerables la respetabilidad que vigorizan, por el contrario, las canas bien lustrosas y alusadas.

Las que tienen la culpa de que prevalezca esta "moda irracional," lo saben tú, amigo Diventa, quiénes son, lo saben muchos lectores, y voy á de-

cirlo para que, por lo menos, no crean las infelices que nos engañan.

Siempre que en tertulia de mujeres se ha puesto á discusión este punto, he visto á las hermosas, á las que tienen el pelo necesario, á las que cuidan con esmero de su cabeza, convenir en lo intolerable del sombrero en el teatro, y aprestarse con gusto á no llevarle; pero inmediatamente han protestado las feas, porque se creen que el sombrero favorece, llusas! las pelonas, porque cubren sus calvas, y las descuidadas... llamémoslas así, porque, llevando sombrero, basta con atusarse el peinado del día anterior ó de los anteriores, ¡que de todo hay!, y con hacerse "cuatro ricitos á la vista"...

Además, un buen sombrero cuesta diez ó quince duros y dura seis meses, y una buena peñadora cuesta cuatro al mes, que, al cabo de los seis, son veinticuatro.

Ya saben ustedes quiénes son las culpables: las feas, por equivocadas, las peones, por engañar á la galería, las sucias..., por... eso, y las que no tienen habilidad para peinarse, por economía.

Cuando sale alguna de estas modas estrambóticas, como la del sombrero en el teatro, siempre pienso lo mismo: que viene á cubrir una imperfección ó á satisfacer alguna conveniencia.

Salió la moda de los abrigos anchos, de esos sacos repugnantes que no tienen más ventaja que la de que pueden usarse indistintamente el marido y la mujer, como la cama de matrimonio, y vi regocijarse á las contrahechas y á las acuélladas, porque podían confundirse con las esbeltas y arrogantes.

Vinieron en mal hora las botinas inglesas, y se apresuraron á propagarlas las que tenían los pies deformes ó descomunales, y por ellas se sacrificó uno de los encantos más clásicos y que más fama han dado en el extranjero á la mujer española.

Y estoy viendo que se van á renunciar unas cuantas tuerzas para llevar una flor, ó una fruta, ó un crucifijo sobre el ojo ausente; y las que los tienen capaces de resucitar con la mirada á un muerto, van á ser tan tontas que van á seguir la moda.

Ya porque la Cleo de Mérode inventó un peinado estrambótico para disimular, según dicen, su falta de orejas, ó su sobra, ¡vaya usted á saber!, hay muchas que ocultan las suyas, rosadas y diminutas, verdaderos niños de apasionados secretos....

¿Qué de extraño tiene que nos sacrifiquen á los hombres por una moda, cuando se sacrifican ellas mismas en lo más vivo: en sus encantos y en sus perfecciones.

Con esto del sombrero en el teatro, las feas no nos engañan y las guapas se exponen á que creamos que son peñoras ó descuidadas en el uso, ó que no tienen habilidad para peinarse, ó que se ahorran la peñadora.

Sólo nos queda un recurso: que tome el asunto por su cuenta cualquiera de esas tertulias de damas distinguidas que tienen á montones los sombreros y que no se han de morir por no lucirlos en el teatro.

MADRID, DIENE DE 1901.—V. V.

Libertad de Profesiones

Ya no más protección. Es bien molesto tanto amor para el pueblo desgraciado.

Después de cuatro siglos de cuidado, ¡hagan favor de ver cómo lo han ¡puesto!

Será muy provechoso y muy honesto ocurrir siempre al sabio titulado. Y una vez que se le haya consultado pagarle á peso de oro por supuesto.

Pero es mejor la santa independencia, la libertad sin trabas y sin cuñas. Y aunque se enoje un poquitin la clientela

No imponer Pedros Reelos ni Garrañas.

Y dejar, en cuestión de conveniencia, que cada cual se rasque con sus uñas!

JAVIER SANTA MARIA